

—las que hacen que un individuo se distinga de otro y no sea como las hormigas, semejante a otras hormigas— los que se encarguen de la selección, a título personal, de la cultura, creando su cultura. Cultura es cultivo, esto es, formación, conformación. Algo que hace el hombre por sí mismo en la inevitable relación con sus semejantes. La cultura es algo que, necesariamente, tiene el hombre que tomar de lo que sus semejantes hacen, realizan, creando a su vez el horizonte de posibilidad de la misma; posibilidad pero no limitación. Porque el individuo es, precisamente, individuo en cuanto puede seleccionar, escoger. Y es esta posibilidad, la que debe ampliar la difusión cultural.

El mexicano, todo mexicano, debe tener a su alcance un amplísimo horizonte de posibilidades de selección cultural, que deben ser realizadas de acuerdo con sus afinidades, de acuerdo con su personalidad. Horizonte de posibilidades que también haga más amplia su libertad, la libertad de elección. Esto es, que este o aquel individuo concreto de lo que llamamos el pueblo, no se encuentre obligado a elegir una determinada forma de cultura porque sea ésta la única que se le ofrezca. De lo que se trata es que el individuo, todo individuo, tenga a su alcance una amplísima gama de posibilidades culturales para elegir y que esta selección sea la simple expresión de su personalidad y no expresión de ignorancia, de carencia.

En tal sentido es que entendemos la difusión cultural, sin limitaciones, sin discriminaciones que partan de este o aquel equivoco. Habrá que llevar al pueblo todo el amplísimo mundo de la cultura para que los individuos que lo forman seleccionen de ella lo que consideren más propio. No hay que olvidar que es de la capacidad de esta amplia difusión de la cultura entre el pueblo que depende, a su vez, la capacidad de expresión cultural del mismo. La cultura, se dice, es la expresión más alta del alma de un pueblo, la expresión del genio de sus individuos. Al pueblo habrá que llevar lo que es del pueblo, tanto los aspectos determinados de su cultura como pueblo concreto, como los que expresan la totalidad de los pueblos. La Humanidad. Para que la asimilación de esta cultura sirva, a su vez, de abono en la afloración de nuevas expresiones de la cultura dentro de una infinita tarea que sólo podrá terminar con el agente concreto de la misma, el hombre, el individuo.

Por lo que se refiere a México, esta tarea alcanzará sus más altas posibilidades si, en primer lugar, coordinamos los esfuerzos que en este sentido realizan las instituciones que consideran la difusión cultural como una de sus más importantes tareas. Pensamos, insistimos, en que el momento es propicio, que esta tarea va alcanzando una mayor comprensión, y por lo tanto, una mayor posibilidad de estímulos. Pero el mayor de los estímulos tendrá que partir de nosotros mismos, mostrando que somos capaces de coordinar nuestros esfuerzos, nuestros esfuerzos como individuos y como instituciones, en una tarea que deberá alcanzar nivel nacional.

libros

didascalias: ¿viaje imposible al porvenir?

por manuel blanco

Doy otra fumada al cigarro. Siento que nada de lo que me rodea es importante, sino sólo esto. Veo la imagen del narrador: un metro y setenta y siete, vigoroso, corpulento, pero como si esta clase de minucias no importaran. Mejor: la sonrisa infantil, largo el pelo y enmarañado. Desparpajo. Mientras, trato de buscar mi propia imagen y súbitamente comprendo que si persisto puedo encontrarla.

Pero he aquí la verdadera imagen: un alfiler en la paja: un viaje: la odisea del narrador, la Gran Odisea a que cada uno debe sobrevivir, y en medio de todo ello, la certeza de que algo se sobrepone —puede sobreponerse— al tedio y a la nostalgia: la conciencia.

Entonces voy entendiendo que el viaje puede iniciarse desde cualquier punto y conducirme indistintamente a los lugares más cercanos o más remotos: a Londres, a Budapest, a un centro petrolero en el Estado de Veracruz... o a cualquier cordillera americana (Efraín mientras tanto contempla los cielos límpidos y llenos de tupamarcos presagios). O simplemente a un viaje eterno a bordo de alguna embarcación que navegando por el Atlántico jamás llega a su destino. Son infinitas las posibilidades. Como la realidad de todos los días.

Pero entonces lo importante no es tanto la realidad —que ya está dada, que se nos ofrece siempre como algo definitivo e irreversible—, como puede serlo la posibilidad. Eso. Importa lo posible, no lo real. Y no por otra cosa, sino porque entonces *puedo elegir*, tomar de alguna manera las decisiones que pueden afectar y de hecho afectan mi vida. Aquí comprendo que el primer minuto de conciencia es más terrible, mil veces más terrible que toda la conciencia.

Claro: hay casos. Concretos. Ulises, Juan Manuel Torres (cualquier nombre, cualquier vida, ya dije que las posibilidades son infinitas) emprende el viaje que ha de conducirlo hasta su Itaca tantas veces perdida. Y sí: un día regresa y entonces comprende que la suma de todo lo vivido: sentir, pensar, recordar, o bien: el olfato, el gusto, todas y cada una de las experiencias olvidadas y ahora de pronto ahí, presentes, sin mayor justificación que su presencia misma, lo han vuelto un extraño, un extranjero en su propia tierra. ¿Cuántos Ulises han regresado y seguirán regresando a Itaca en esa su nueva condición de seres ajenos hasta de sí mismos?

* Juan Manuel Torres: *Didascalias*, Ediciones Era, 1970, México.

No hace falta la geografía. Podría ser una simple metáfora. Algo imaginado: imaginar que existe la geografía porque existe la necesidad de contar con un punto de referencia; porque hay que extraer de su contexto a un personaje (¿mutiéndolo?) para así encuadrarlo en ciertas y muy precisas limitaciones. Sólo de esta manera podremos recuperar al menos una parte de su vida. Podremos rescatar su conciencia.

Sólo que entonces ya no nos importa mucho, para los efectos del caso, su conciencia, sino *el proceso* en que arriba la conciencia. Esto es lo verdaderamente importante. Y es precisamente aquí donde podemos advertir la infinita variedad de lo posible: no hay un solo camino, sino muchos senderos que, claro, pueden muy bien poseer innumerables bifurcaciones (ya vine. Borges). Es el viaje y el fin de ese viaje; es la conciencia y la vuelta a una más profunda conciencia.

¿De qué se trata entonces? ¿Quién o quiénes podrían plantearse esta profunda, agobiante, inevitable introspección, este análisis de la existencia que *debería* conducirnos a la conciencia?

Sartre en *Los caminos de la libertad* nos describe la forma en que Mateo llega a *La edad de la razón*. Pero la historia de ese joven profesor de liceo es a la vez la posibilidad de elección y la impotencia para decidir su propio destino. Mateo comprende cuál es su única alternativa: integrarse en el sistema para destruirlo: perder su independencia, su pequeña libertad, para ganar todas las otras libertades. Sin embargo, duda, vacila, teme, y finalmente no se atreve y deja pasar aquella que era su última oportunidad.

El personaje sartreano (¿Sartre mismo en aquella época?) es el intelectual azorado ante los problemas de su tiempo, que comprende la necesidad y hasta la inevitabilidad del cambio y sin embargo prefiere permanecer en ese estado de conciencia latente, arrastrando una *subsistencia* inútil, estéril, viviendo simplemente “la suma de sus propios actos” que podrían ser la libertad, pero son en verdad la sencilla suma de sus pequeñas, inútiles vivencias, siempre llenas de egoísmos y remordimientos.

Carpentier plantea el problema desde otro ángulo. En *Los pasos perdidos* el personaje inicia la imposible búsqueda de su destino cuando por fin advierte que “la única libertad que conserva es la de elegir los platos de la comida los domingos por la mañana”. Es el intelectual asimilado por el

establishment: su vocación —musicólogo—, se ha diluido en la maraña avasalladora del trabajo publicitario. Es el París de los años cincuenta —o el México de los setenta, da lo mismo—.

El viaje concluye en las Antillas y tiene su epílogo en un París irrecobrable y en unas Antillas también irrecobrables. La nostalgia es la misma que la de Mateo. Y la frustración. Y la impotencia. Porque es irrealizable, porque ha extraviado irremisiblemente sus propios pasos. El hombre-hombre no existe porque se reduce a una complicada metáfora donde lo único cierto es la frustración y el desencanto.

Carpentier, con esa prosa barroca que invariablemente nos remite al principio de cuanto existe —visión cosmogónica que es a un tiempo certeza del futuro—, nos enfrenta a la alucinación y al mestizaje: al mundo de lo real maravilloso. *Los pasos perdidos* es la gestación y el proceso descriptivo, meticuloso de La Gran Odisea; viaje que se construye a partir del primer momento de conciencia para, finalmente, integrarse en una nueva conciencia, precisamente cuando el viaje ha concluido y otro se inicia: la última esperanza. Pero las puertas del Edén se han cerrado y con su recio hermetismo parecen increparnos. La realidad no es la que soñamos, sino la que es: ambigua, contradictoria, maravillosa, terrible y trascendente como el hombre mismo.

En *Didascalías*,* Juan Manuel Torres construye un ámbito donde la rememoración es o puede ser a un tiempo recordación del futuro: hay un proceso que se inicia o transcurre o concluye —da lo mismo, puesto que aquí, allá, hoy, ayer, mañana, se está arribando a la conciencia y nuevos Ulises existen o dejan de ser: las posibilidades son inagotables: lo posible es lo único real.

Sólo que Juan Manuel nos enfrenta a considerar otro nivel: Ulises, derrotado, trata de huir hasta de sí mismo: se niega a recordar a las muchachas baleadas (con la "V" de la victoria retorciéndose aún entre

sus dedos), a los jóvenes soldados hermosos que ya no serán nunca más hermosos, y a los judíos y a los árabes y a los polacos perseguidos, a los alemanes, a los rusos, Dios, perseguidos en su propia patria socialista, y a los ejércitos que vienen de la noche para apagar la mañana clara de Checoslovaquia.

Sorgen lo encuentra —¿es Alfredo, no Sorgen?— en un café londinense ¿o en Grecia?, ¿o en París?, y la comunicación ya no es posible porque Ulises ha perdido sus propias cruces de ceniza. Pero Ulises derrotado, muerto, no es sino una nueva posibilidad: la de Sorgen, la de Alfredo, la de Juan Manuel Torres, la de todos los nuevos Ulises que están naciendo aquí o en cualquier sitio y que aún conservan la capacidad de elegir: el primer minuto de conciencia es más terrible que toda la conciencia... entonces el mito resucita y es nada menos que la vida. La vida.

Alto. No es el proceso de hacer conciencia en una clase social oprimida, sino la realidad a que deben enfrentarse ciertos grupos lógicamente marginados; es la capa de la intelectualidad que comprende su circunstancia y ante la cual, objetivamente, no existe otra solución que la integración crítica colectiva, clasista.

En ese contexto las decisiones individuales —las del Ulises que somos cada uno— producen la desesperación pequeñoburguesa y las consecuencias se expresan lo mismo en el abandono y el más abyecto conformismo, que en la tendencia al Supremo Acto Heroico.

Queda al final del relato, sin embargo, la certidumbre de que las posibilidades no han sido agotadas, de que algo permanece y que a fin de cuentas arribar a la conciencia es ya andar una buena parte del camino... hacia una nueva conciencia donde la inmersión en el mundo de los hombres reales equivale no a la justificación gratuita y moralizante de nuestros actos, sino a la impugnación racional y furibunda de todo lo establecido.

la vida de un militante

por Rubén Venadero

Lenin es una de las personalidades históricas más sobresalientes de la era de la Revolución Social. Esta personalidad histórica de la época del imperialismo es la que analiza con ojos amplios el teórico marxista francés Roger Garaudy en su libro *Lenin (la vida de un militante)*.*

La obra teórico-política de Lenin fue vista durante décadas como un ícono ante el cual había que posternarse. Todos los discípulos oficiales del arquitecto de la Revolución de Octubre de 1917, se educaron dogmáticamente en su obra, sin preocuparse por aprender su espíritu dialéctico; deformaron sus tesis convirtiéndolas en "verdades de capillas" válidas absolutamen-

te para todos los momentos históricos, no obstante la diversidad de condiciones sociales o políticas; no comprendieron sus aportaciones al marxismo y a la revolución proletaria. Con este método transformaron al leninismo en una concepción mecánica, inerte, abstracta.

Este proceso por el cual el Lenin dialéctico se trastocó en un Lenin dogmático se desarrolló durante la época stalinista. Sólo a partir de los años cincuenta se abre la crítica histórica a las concepciones de los años anteriores. Los nuevos ojos obreros que no sufrieron el medio del marxismo presencian en la historia del hombre hechos sociales que sacuden su aletargado instinto de clase: la revolución en los países capitalistas dependientes o colonizados, los movi-

mientos estudiantiles europeos y americanos que convulsionan sus estructuras. Todas estas nuevas luces permitieron redescubrir las "sagradas escrituras" del marxismo, e incluso desenterrar libros herejes, revolucionarios herejes y teóricos malditos que posibilitaron la crítica al leninismo oscurantista reivindicando su esencia dialéctica y destruyendo las gruesas capas de materialismo mecánico con el que había sido falseado.

Es sin duda por este renacimiento del marxismo que se hace presente la necesidad de una revaluación crítica de Lenin; a ello contribuye en forma notable el libro de Garaudy, insertándose en la nueva época del marxismo creador sustentado en un auge significativo del movimiento social. Garaudy aborda históricamente el desarrollo intelectual y político de Lenin mostrándonos lo que de original aportó a la teoría marxista de la Revolución: sus concepciones del partido, del estado y de la filosofía; ubica sus relaciones intelectuales, los marxistas que más influyeron en su formación conceptual: Kautsky y Plejanov.

No es nuestra intención aquí resumir todos los problemas examinados por Garaudy en su libro, destacaremos aquellos que constituyen puntos de vista novedosos o críticos en el conocimiento del pensamiento de Lenin y, en especial, los problemas de organización que profundiza más y analiza polémicamente.

En dos de los primeros escritos teórico-políticos importantes de Lenin para el futuro de la revolución social en su país, *¿Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas?* (1894) y *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1896-1899), aplica los principios del marxismo a su realidad, descubriendo, a través del análisis concreto de ésta, el tipo de formación económica de la sociedad rusa y, en consecuencia, sus clases sociales fundamentales. Puede así superar positivamente las teorías que afirmaban, todavía como en tiempos de Marx y Engels, que en Rusia, el campesino, debido a la propiedad comunal de la tierra, sería el sujeto histórico de la revolución socialista. Pero con el desarrollo del capital monopolista, la historia social rusa cambió de signo: el modo de producción social capitalista se instauró como el hegemónico, aún y cuando existiesen junto a él antiguos modos de producción. Dentro de este marco histórico social, la clase portadora de una organización social más avanzada ya no lo es el rústico y primitivo campesino, sujeto a la proletarianización *per medium* de la "expropiación masiva" de su propiedad rural; la clase obrera, joven, poco numerosa pero bastante concentrada, posee un alto grado de disciplina y organización que le permite conformarse como "el representante avanzado de toda la población explotada". Esta afirmación de Lenin, escribe Garaudy, no se sustentaba en una "dialéctica a priori", o en "esquemas elaborados para Europa Occidental". Todo lo contrario: "la afirmación de que el ritmo de desarrollo dialéctico definido por Marx se extiende a Rusia es algo que resulta del más meticuloso análisis de los hechos".

Uno de los aspectos primordiales del pensamiento leninista, el del partido revolu-

* Roger Garaudy: *Lenin (la vida de un militante)*, México, Editorial Grijalbo, 1970.